

LOS DRAGONES DE ÓGAR (Fragmento)

1

EXPULSIÓN DE ÓGAR

En la rígida jerarquía social de Ógar, mi planeta nativo, los dragones esmeralda ocupamos un mísero lugar entre los trabajadores de la construcción. A cada uno le asignan su papel casi desde el nacimiento. A mí me había tocado avivar el fuego de los hornos donde se cuece el ladrillo, en la misma fábrica donde trabajaban papá y mis dos hermanos mayores, cuando terminara los estudios primarios. Me lo dijeron en la escuela a una edad muy temprana y no alcancé a entenderlo, así que fui feliz hasta el final del último curso, cuando volvieron a recordármelo.

Entonces pude entender en toda su magnitud mi negro porvenir. Me resultaba insoportable imaginar que un día volvería a casa tan agotado y enfermo como mi padre y mis hermanos, y cubierto de ese tizne que con el paso de los años borra por completo el hermoso verde esmeralda característico de nuestra raza. Por desgracia, nuestro color delata también unos pulmones potentes capaces de producir fuego sin descanso, idóneos para los hornos de ladrillo.

Estos hornos están situados en profundos sótanos a los cuales descienden los obreros cuando despunta el sol y no vuelven a salir hasta el anochecer. Por cada siete días laborables hay uno libre y, al completar Ógar una vuelta entera alrededor de nuestro sol, tienen veinte días seguidos. La finalidad de estas vacaciones no es darles un respiro para disfrutar de la vida, sino para permitirles recuperarse de las muchas dolencias provocadas por el encierro claustrofóbico y la producción incesante de fuego, fatal para sus pulmones.

Decidido a luchar contra el destino infausto, aceptado con sumisión por varias generaciones de dragones esmeralda desde que empezara a agotarse el coulí, principal recurso energético del planeta, solicité por escrito al consejo escolar permiso para continuar mis estudios secundarios, adjuntando mis notas y el tímido respaldo de dos profesores como pruebas de mi capacidad y aptitudes. La respuesta oficial no tardó en llegar: una negativa rotunda salpicada de severas acusaciones —pretender quebrantar el orden cósmico y los designios del Gran Poderoso— y amenazas de graves sanciones. Ni una palabra sobre mi expediente académico; ni una mención a las recomendaciones de mis profesores. Los dragones esmeralda éramos nada: velas destinadas a consumirse bajo su propia llama.

El empobrecimiento de la educación ponía de manifiesto el hundimiento de nuestra civilización a falta del coulí. En las escuelas de las razas dominadas como la nuestra, los profesores mejor valorados en los tiempos no muy lejanos en que Ógar estaba en la cumbre de la prosperidad, iban siendo sustituidos poco a poco por otros fieles al régimen, o bien abandonaban ellos mismos, por temor al despido, la enseñanza de las artes, las

ciencias naturales y abstractas, la historia y las humanidades para dar paso a las nuevas asignaturas impuestas por los caichíes, nuestros jefes supremos: la historia revisada según su conveniencia, oficios industriales, formación del espíritu nacional y religión, una materia casi olvidada en la época dorada del progreso tecnológico y científico.

Para los caichíes el mundo no había cambiado. Continuaban derrochando en lujos y tecnología —sobre todo genética y espacial—, mientras las razas dominadas sufríamos cada día mayores privaciones. Una generación más, y los dragones esmeralda dejaríamos de disfrutar del último aliento de la civilización: el derecho al conocimiento.

Cuanto más se aproximaba la fecha fijada para mi incorporación a la fábrica de ladrillo, mayor era mi desesperación. Al final decidí escapar. Salí de casa una mañana con mis pobres pertrechos sin saber siquiera adónde ir. Iba resuelto y algo eufórico, pero bien sabía que la posibilidad de comenzar una nueva vida lejos de mi hogar era casi nula, pues las implacables nequies guardianas casi siempre acababan por encontrar a los fugitivos.

Las nequies eran una especie que había evolucionado por separado de los dragones en el continente antártico de Ógar. El intenso frío de aquel lugar las preservó durante milenios de la intrusión masiva de los nuestros. El avance de la tecnología dragontina para conservar el calor corporal en regiones gélidas marcó el fin de su libertad. Su derrota se debió menos a su inferioridad en el arte de la guerra que a su dependencia de un hongo raro propio de las grutas húmedas de Maspel, cordillera tortuosa que separaba su ecosistema del nuestro. Tan pronto los

dragones descubrieron la importancia estratégica de este hongo, controlaron —no sin vencer una fiera resistencia— los accesos a la cadena montañosa y ya no necesitaron hacer nada más: solo esperar. Así, las nequies terminaron convertidas en siervas de los dragones. El odio recóndito que sentían por nuestra especie lo volcaban en la labor de guardianas del régimen, tarea asignada tras su sometimiento. Cuando un dragón escapaba, no descansaban hasta darle caza. Yo no fui una excepción. Me hallaron dormido tras unos matorrales, extenuado por el hambre, el frío y largas jornadas de vuelo.

Mi castigo superó con creces mis peores pesadillas: sería deportado al planeta Tierra. Mi familia y mis amigos tuvieron que sufrir la terrible humillación de oír en público la sentencia. El dragón jefe de nuestra comunidad, Husgón, la leyó: «Yangrí —o sea yo—, como todos los jóvenes que se rebelan contra la tradición, la autoridad y las leyes cósmicas, padecerá el exilio». No os voy a aburrir reproduciendo el largo texto de la sentencia. Baste con decir que mi rechazo al trabajo en los hornos fue interpretado como una traición y una viva muestra de mi irremediable tendencia a la holgazanería. El castigo por este último «delito» consistía en convertirme en un objeto decorativo: «Así podrás descansar todo el tiempo —concluyó Husgón encorvando la cerviz— y ser admirado por la belleza de tu piel, ya que esa es, al parecer, tu única aspiración. Comuníquese y cúmplase».

Seguidamente fui conducido al laboratorio de transformaciones. El primer acto de degradación a convicto era la mutilación de las alas. Su aplicación variaba según la gravedad del delito: cuanto más grave, más arriba el corte. Las alas

tardaban en regenerarse hasta permitir el vuelo un máximo de dos años y un mínimo de tres meses. Si la condena superaba este tiempo, la operación se repetía tantas veces como fuera necesario. En mi caso, me amputaron a la altura del primer nervio, es decir, hasta el límite máximo permitido por nuestras benévolas leyes (a veces, claro, se cometían errores y algún desdichado quedaba por siempre impedido para volar). Después de este acto atroz, en la misma mesa de laboratorio me colocaron en la tapa de una pequeña caja redonda con falsos rubíes engastados y me leyeron los últimos pormenores de mi sentencia.

Serás exhibido en el escaparate de una tienda de antigüedades. El estuche, un universo en miniatura con sus propias leyes físicas, será tu prisión. Si huyeras, en cuanto cualquier ser humano —la especie dominante de la Tierra— vea la caja sin estar tú en ella, te diluirás en polvo cósmico. Si la escondes o destruyes, solo lograrás alargar y hacer más doloroso tu proceso de disolución. Escapar con ella tampoco te servirá, pues las nequies guardianas tarde o temprano darán contigo. Te queda, no obstante, una esperanza: ganarte el amor de un ser humano supondrá el fin de tu cautiverio.

2

LA TIENDA DE ANTIGÜEDADES

De mi viaje a la Tierra no recuerdo nada. Traerme inconsciente fue sin duda una medida de seguridad para impedirme saber cómo se comunicaban los dos mundos. Desperté en medio de una penumbra espesa. Lo primero que vi, cuando mis ojos se hicieron a la oscuridad, fue una horrible nequie erguida a un palmo de mis narices.

—Procura permanecer inmóvil en la caja, querido —me dijo con afectada amabilidad—: si asustas a alguien, el impacto rebotará en tu corazón aumentado cien veces. Así de clarito: al más mínimo sobresalto que causes, caerás fulminado. Ah, olvidaba algo —exclamó llevándose la mano a su cabeza albina mientras se alejaba—: Te aguarda otra fatalidad, pero no te agobio más. Ya la descubrirás con el tiempo.

Encorvada de la risa, se dirigió hacia otra nequie cuya figura vislumbré junto a lo que parecía una puerta, y ambas desaparecieron tras ella.

Tardé en recuperar el aliento. Me hallaba en un estrecho aparador tenuemente iluminado, atiborrado de diversos y extraños objetos cuya función me era imposible discernir. A lo

mejor eran, al igual que yo —más bien, que mi caja—, objetos decorativos.

De la Tierra sabía muy pocas cosas. En la clase de Historia Universal nos enseñaban a grandes rasgos las características de los planetas conocidos por nosotros con vida inteligente. Qué se considera «vida inteligente» es tema de encendidos debates en Ógar. La Tierra es famosa por la ferocidad de la especie dominante, es decir, los humanos. Con frecuencia se habla en los noticieros sobre sus guerras cruentas y sus avances en armas demoledoras. Los dragones de Ógar estamos lejos de ser unos santos, pero desde hace casi un siglo las armas están bajo el control de un organismo mundial. Ninguna región, y mucho menos una empresa privada, puede fabricarlas. Las más poderosas solo se crean para emplearse en caso de ataque de un planeta enemigo, acuerdo hasta ahora cumplido. Las de uso interno, básicamente las de la policía de cada lugar, se adjudican siguiendo una estricta normativa. La cantidad y el tipo de armamento concedidos a las distintas regiones provocan continuas discusiones. Todas las regiones alegan «razones de peso» para obtener más y no reparan en trucos para conseguirlo. Se dice, con ironía, que Ógar gasta más en prevenir la fabricación y el comercio ilegal de armas que en la producción de alimentos o la educación.

Pero me estoy yendo del tema. Estaba contándoos cómo fue mi llegada a la prisión de la Tierra. Aparte del aturdimiento producido por la droga y el viaje, me sentía el mismo en mi interior; sin embargo, mi tamaño se había reducido a menos de un tercio del normal. Al moverme, comprobé que mi caja estaba rodeada de una atmósfera invisible muy estrecha, de modo que

cuando estiraba los brazos o las piernas, parte de ellos quedaban fuera de su influencia y adoptaban sus dimensiones habituales. Un monstruo de feria, poco más o menos parecía. Analicé largo rato aquel fenómeno, repasando en la memoria cada una de las líneas de mi condena, y pude concluir que mientras no hubiera ninguna persona cerca podría abandonar la caja sin peligro.

Mi cuerpo adoptó sus proporciones habituales de inmediato. ¡Volví a ser el de siempre!

Por simple deducción descubrí la función de algunos objetos del escaparate, mientras que otros constituyeron un misterio durante días, incluso meses. Había lámparas, bustos de mármol, porcelanas, joyas de plata muy apetecibles, portarretratos, vasijas y un sinfín de fruslerías, todo ello puesto al buen tuntún. Afuera, la calle era tan estrecha que, de haber estado mejor iluminado el aparador de la tienda de enfrente — una librería llamada L'Atelier—, habría podido leer las páginas por las que estaba abierto un gran libro amarillento destacado en el centro sobre un atril.

En aquel entonces, claro está, no habría podido entender nada, pues de las lenguas de la Tierra el inglés era la única de la cual tenía algún conocimiento. En la clase de Lenguas Universales —impartida por un profesor que acabó cayendo en desgracia por instruir más de lo debido a los futuros dragones obreros—, nos enseñaban los rudimentos de los idiomas más importantes de los cuatro planetas conocidos por nosotros que habían desarrollado la escritura. Mi facilidad natural para los idiomas junto con la curiosidad por conocer los secretos del mamotreto de enfrente y de los muchos otros libros que más

tarde encontré en la trastienda de mi cautiverio me salvaron de volverme loco.

El día clareó y se me vino encima la experiencia de conocer en carne y hueso a los humanos. Desde la seguridad de mi caja observé cautivado a esos seres solo vistos a través de fotografías captadas por nuestras sondas estelares. Pasaban presurosos delante de mí sin desviar la mirada de sus pasos. Esto me hizo pensar que en la Tierra no existía la pereza hasta que se abrió la reja de la tienda y entró una criatura humana del sexo femenino con el mismo aire de cansancio y desgana que mi padre y mis hermanos cuando regresaban a casa de la extenuante jornada en los hornos de ladrillo de Ógar. Era Patricia, la dependienta.
